

Un nuevo mundo

Se impone la nostalgia. Termina el gobierno de Enrique Peña Nieto y está por comenzar otro del cual seguramente será más difícil encontrar razones para reír. En esto, hay un gran paralelo entre Peña y Nixon.

Nixon era un personaje extraño, desconfiado, taciturno y maquiavélico. Tramaba toda clase de jugarretas, producto de una mente a la vez brillante y descarriada, que podía imaginar una estrategia para la paz del mundo (Nixon va a China), igual que crear el entorno que llevó a que un grupo de “plomeros” entrara a robar documentos de los Demócratas en el edificio que con eso se hizo famoso, llamado Watergate. Su personalidad y contradicciones lo hicieron blanco fácil para caricaturistas y comediantes que explotaban cada declaración, absurdo o acción, haciendo reír a sus lectores y auditorios.

Art Buchwald, por décadas el decano de los comediantes por escrito, disfrutó a Nixon como pocos. A lo largo de varios años, escribió múltiples columnas describiendo, imaginando y satirizando al entonces presidente, hasta que la sátira sobre Nixon se convirtió en un deporte para este comentarista. Mientras que la mayoría de los estadounidenses finalmente descansó cuando Nixon renunció a la presidencia, Buchwald lo lamentó como nadie: “Si la verdad fuese dicha”, escribió en una columna posterior, “yo necesitaba mucho más a Nixon de lo que Nixon me necesitaba a mí”.

Algo así pasa con Enrique Peña Nieto. Desde luego, el presidente saliente en nada se parece a Nixon en temperamento o características pero, como Nixon, el final de su senenío marca un punto y final para toda una era de México. Pase lo que pase con Andrés

Manuel López Obrador, el país nunca más será el mismo.

Peña Nieto prometió restaurar el orden y retornar a México a la senda del crecimiento económico. Su oferta consistió en volver a lo que, en su visión, había funcionado en el pasado. Seis años después, deja un país con algunos nuevos -y nada despreciables- instrumentos, como la reforma energética que, de continuarse, permitiría transformar a vastas regiones del país en el futuro. También nos deja a los mexicanos en manos de Andrés Manuel López Obrador. Dos caras de una misma moneda: los logros y las consecuencias.

La paradoja del momento no es pequeña: en su visión histórica, ambos personajes, el presidente entrante y el saliente, habitan un mundo similar. Ambos son políticos anclados en el México de los sesenta y guardan una enorme nostalgia por el país que, en su mente, funcionaba bien. Ambos creen que la forma de salir de los problemas que hoy existen (y que definen casi exactamente de la misma manera: seguridad, crecimiento y orden), radica en la reconstrucción del viejo Estado rector. Donde se diferencian, como ocurría en el mundo priista de entonces, es en su filosofía política. Peña no avanzó su proyecto reconstructivo más allá de la caricatura de presidencia imperial, en gran medida porque es imposible, pero también porque contradecía de manera flagrante sus propias reformas. Una cosa derrotaba a la otra.

López Obrador tiene la misma nostalgia por el Estado rector de antaño, pero la ha venido construyendo con poder y no con artificios lujosos o espejitos deslumbrantes. A él no lo motiva el histrionismo mediático, sino el poder para hacer. Ahora que se apresura a gobernar ya formalmente, cuenta con

Art Buchwald, por décadas el decano de los comediantes por escrito, disfrutó a Nixon como pocos. A lo largo de varios años, escribió múltiples columnas describiendo, imaginando y satirizando al entonces presidente, hasta que la sátira sobre Nixon se convirtió en un deporte para este comentarista. Mientras que la mayoría de los estadounidenses finalmente descansó cuando Nixon renunció a la presidencia, Buchwald lo lamentó como nadie: “Si la verdad fuese dicha”, escribió en una columna posterior, “yo necesitaba mucho más a Nixon de lo que Nixon me necesitaba a mí”.

un tramo de control descomunal, sin igual desde que hay elecciones abiertas y competitivas; además, en un sistema político centrado en torno al presidente y prácticamente sin límites institucionales a su rango de acción, su capacidad “para hacer” es prácticamente ilimitada. Si a eso se agrega el hecho de que buena parte de la prensa se ha acallado, ha sido intimidada o se ha autocensurado, AMLO se encuentra en un momento inusitado que igual puede llevar a una transformación extraordinaria que a una hecatombe. Todo depende de una persona.

La vieja presidencia produjo algunos resultados alentadores, pero también crisis incontenibles, perniciosas y sumamente destructivas. De un país en ruinas luego de la Revolución, hoy tenemos una nación vibrante con una economía en mucho mejores condiciones -con todos sus avatares- de lo que la contienda sugirió. También, con una población ansiosa de dar ese gran paso adelante que AMLO ofreció. Con todo, el cambio, cualquiera que éste acabe siendo, genera expectativas y miedos (dos lados de una misma moneda), lo que entraña una enorme

responsabilidad, porque los riesgos -de hacer y de no hacer- también son grandes.

Presidencia nueva, país en curso. Cambia el paradigma, pero eso no cambia la realidad circundante. El actuar gubernamental irá marcando el tono y el ritmo, lo que inevitablemente generará oportunidades para afianzar prejuicios o para modificarlos, para que la sátira, las caricaturas y los críticos le hablen al poder. La sociedad también tendrá que definirse y se irá decantando. Lo que Norbert Elías llamó “el progreso civilizatorio”.

Buchwald se benefició de las locuras y pifias del presidente del momento, a la vez que facilitó que la sociedad sobreviviera el trance. Las naciones crecen y se desarrollan cuando la sociedad actúa y se responsabiliza. Así tiene que ser en el México de hoy.

@lrubiof

ÁTICO

Transitamos hacia un nuevo paradigma por el cambio de gobierno, que obliga a la sociedad a responsabilizarse de cuidar la democracia.

Jesús Cantú

Los mexicanos y la corrupción

Se acaba de dar a conocer la última encuesta de Latinobarómetro 2018 y en esta ocasión abundaron en el tema de la corrupción, que como es evidente por la atención acaparada en los medios masivos de comunicación, se ha convertido en uno de los principales asuntos en la región, aunque todavía no logra desplazar a los temas económicos (economía y desempleo) y de delincuencia e inseguridad, que ocupan los dos primeros lugares.

Sin embargo, la corrupción a nivel latinoamericano fue considerada como el principal problema en su país por el 9% de la población encuestada y en el caso de México, llegó hasta el 14%, con lo cual se colocó en el cuarto lugar entre los 18 países en los que se aplica la encuesta. Los países que tienen porcentajes superiores a México son Colombia con el 20%; Perú, 19; y Brasil, 16; en contrapartida Uruguay, únicamente con el 1%. En el caso de México, la corrupción ocupa el segundo lugar, únicamente superado por la delincuencia con el 28%.

Latinobarómetro levantó su encuesta entre el 15 de junio y el 2 de agosto y al cuestionar sobre quiénes consideran que están involucrados en la corrupción, en México el mayor porcentaje lo obtuvo el presidente y sus funcionarios con el 61% que respondió que así lo considera, esto coloca a México en el cuarto lugar entre los 18 países, únicamente por detrás de Venezuela y Paraguay, donde el 65% de los encuestados los involucran; y Brasil, con el 62%. Muy por debajo del 26% de Uruguay; el 29, de Costa Rica; el 32, de Chile; y el promedio latinoamericano que es del 50.

Siguiendo el orden que ocupan en México, como involucrados en la corrupción, la siguiente institución es la policía, con el 60%, lo que lo ubica en el segundo lugar a nivel latinoamericano, únicamente por debajo de Venezuela, con el 72% y muy por encima del promedio latinoamericano que es del 45% y de Uruguay y Costa Rica, con el 23 y 28 y Brasil, con el 27.

La siguiente institución en orden descendente son los parlamentarios, en el caso mexicano hablaríamos de los diputados y senadores, con el 59%, lo que lo coloca en el tercer lugar a nivel latinoamericano, donde lo superan Venezuela y Perú, con el 64 y 62%, respectivamente; y empatan con Brasil, con el mismo porcentaje. El promedio latinoamericano es de 51% y los últimos lugares son Uruguay, con 25% y Costa Rica, 33.

Los jueces, logran estar por debajo del promedio latinoamericano y ubicarse en el octavo lugar, apenas por encima de la media tabla, con el 42% de mexicanos que consideran que están involucrados en la corrupción. En este caso el promedio es de 45; el más alto es Paraguay, con el 63%; y los más bajos nuevamente Uruguay y Costa Rica, con el 21 y el 23%, respectivamente.

Otras dos instituciones fuera del ámbito del sector público, pero con incidencia en la vida nacional, tampoco salen muy bien libradas: los empresarios y los líderes religiosos. En el caso de los primeros, México se sitúa justo en el promedio latinoamericano con 35%, en el séptimo lugar de la tabla, que encabeza Paraguay, 51% y, nuevamente, en los lugares 17 y 18: Uruguay y Costa Rica, con 23 y 22%.

La siguiente institución en orden descendente son los parlamentarios, en el caso mexicano hablaríamos de los diputados y senadores, con el 59%, lo que lo coloca en el tercer lugar a nivel latinoamericano, donde lo superan Venezuela y Perú, con el 64 y 62%, respectivamente; y empatan con Brasil, con el mismo porcentaje. El promedio latinoamericano es de 51% y los últimos lugares son Uruguay, con 25% y Costa Rica, 33.

Mientras tanto, los líderes religiosos mexicanos se ubican en el cuarto lugar de la tabla, con el 31% de las respuestas que los consideran involucrados en actos de corrupción, están arriba del 28% que es el promedio latinoamericano, muy por debajo de Ecuador y Chile, que encabezan la tabla con el 49 y el 45%.

Pero más allá de quienes están involucrados y quiénes no, hay otras tres preguntas que dicen mucho de cómo interactuamos los mexicanos con la corrupción. La primera es respecto a si es mejor quedarse callado, cuando se conoce un acto de corrupción: el 52% de los mexicanos estuvo de acuerdo con dicha afirmación, ocupando el sexto lugar en la tabla, y el 48, en desacuerdo. El promedio latinoamericano fue un empate en 48, entre los que estaban de acuerdo y en desacuerdo; y los que se manifestaron más claramente en desacuerdo con quedarse callados fueron Perú, con el 65% y únicamente un 31% de acuerdo y Uruguay, con 61, en desacuerdo y 35, de acuerdo.

Después se preguntó si consideraban que el quedarse callados implicaba convertirse en cómplices de la corrupción y el 79% de los mexicanos se manifestó de acuerdo, ocupando el cuarto lugar en la tabla y por encima del promedio de 74%, por debajo únicamente de Uruguay, Costa Rica y Argentina, con el 80 y de Brasil, con el 82. Otra pregunta muy reveladora es la que hicieron sobre si consideran que se puede pagar un precio de cierto grado de corrupción siempre que se solucionen los problemas del país, en este caso México estuvo en la parte baja de la tabla, en el décimo tercer lugar, con el 36% de los mexicanos dispuestos a pagarlo y por debajo del promedio latinoamericano de 40%; en este caso los que estuvieron por debajo fueron Brasil, Chile, Perú, Uruguay y Guatemala.

Así los mexicanos tenemos bien identificados a los corruptos, sabemos que al no denunciarlos nos convertimos en cómplices de la corrupción (79%) y aunque únicamente una tercera parte está dispuesta a pagar el precio de la corrupción (36%), una mayoría de 52% prefiere quedarse callada. Vaya paradoja de esa sexta parte de la población que no está dispuesta a pagar el precio y que sabe que al no denunciarlo se convierte en cómplice; pero se queda callada.

Agenda ciudadana

Lorenzo Meyer

La nueva batalla por el petróleo

Si la política puede ser abordada como una guerra por otros medios, especialmente cuando un nuevo régimen intenta desalojar a otro bien arraigado, entonces gobernar equivale a combatir. En esas condiciones, gobernar implica la responsabilidad de decidir entre opciones que raras veces son claras. Obliga a elegir entre posibilidades en condiciones de incertidumbre.

En circunstancias de choque directo entre lo nuevo y lo viejo, fallar implica no sólo una derrota para el dirigente y su partido, sino puede llevar a un fracaso existencial de todo un proyecto y una sociedad. Por eso Maquiavelo - súbitamente de moda entre nosotros-, incluyó a la “fortuna” como elemento central de lo político y aventuró que tan veleidosa sombra, tendía a favorecer a los audaces, a los que tomaban determinaciones aventuradas, aunque no a ciegas, sino teniendo en cuenta lo que podía reducir la incertidumbre como, por ejemplo, los principios de ciencia política formulados por el pensador florentino.

Pasemos al terreno de lo concreto. Entre las decisiones arriesgadas a tomar por el próximo gobierno está si debe comprometer recursos escasos en construir refinerías para procesar el petróleo que aquí se produce o si se debe de seguir exportando crudo pesado e importando gasolinas y otros refinados. Además, resolver si lo que conviene es construir refinerías nuevas o modernizar y adaptar algunas de las existentes, y cuáles. Ya que una refinería no puede usar cualquier tipo de crudo, debe determinarse de antemano que tipo de petróleo se procesará. En fin, que todo eso significa resoluciones de fondo y arriesgadas. Y ese es apenas uno de los muchos campos donde se darán las batallas por venir.

A inicios de este año, la producción de los seis centros de refinación que tiene México, era la más baja del último cuarto de siglo (648 mil barriles diarios). El conjunto operó al 40% de su capacidad y fue necesario importar cada vez más gasolinas. A mediados del 2018, nuestro país importaba el 78% de sus gasolinas: 590 mil barriles diarios, (El Economista, 06/05/18 y 26/08/18). Por otro lado, se exportaban 1, 206 millones de barriles diarios de crudo pesado (maya), (PEMEX, Indicadores Petroleros, septiembre de 2018). Si hubiera refinerías que aquí procesaran ese tipo de crudo o mezclas, la dependencia de la importación disminuiría.

Y disminuir o anular la dependencia energética es importante por razones económicas, pero, sobre todo, de seguridad. Nuestro país no debe depender tanto del suministro externo de combustible, sobre todo teniendo en cuenta que el origen de la gasolina es Estados Unidos, la gran potencia que en esta época ha adoptado una política de nacionalismo muy agresivo y que, cuando lo considera conveniente, no duda en usar su superioridad económica y política para obtener sus fines, como lo comprobó de primera mano el equipo mexicano que renegó el tratado de libre comercio, y que tuvo que aguantar aranceles sobre aluminio y acero y ceder en temas como el contenido regional de componentes

En nuestras circunstancias, algunos de ellos proponen ganar tiempo usando los estudios de ingeniería que ya existen para plantas como La Cangrejera, en Veracruz, y adaptarlas para procesar el tipo de crudo que PEMEX puede aportar, lo que ahorraría tiempo e inversión y permitiría tenerla operando en este mismo sexenio.

en los automóviles exportados a Estados Unidos, las condiciones de su manufactura o en la periodicidad para revisar el tratado mismo. Las duras presiones económicas norteamericanas sobre China o Irán, son otros tantos ejemplos en este sentido.

Hay grupos de ingenieros petroleros retirados, pero técnicamente al día y organizados, formados en la época dorada de PEMEX, que sostienen que se puede revitalizar a esa gran empresa que el neoliberalismo, la reforma energética, más el sindicalismo corrupto, dejaron postrada. Desde su perspectiva y experiencia, la coyuntura política actual abre la posibilidad de recuperar, no ya el PEMEX del pasado, pero sí el sentido original de esa empresa: ligar la explotación del petróleo -un energético estratégico no renovable-, ya no al mercado internacional sino a un proyecto nacional que, entre otras cosas, disminuya la vulnerabilidad de México a los intereses y acciones de quienes controlan a ese mercado globalizado.

Estos expertos que conocen PEMEX desde dentro, saben que la ingeniería de una planta refinadora es infinitamente más complicada que, por ejemplo, la de los aeropuertos que tanto revuelo político han causado. Levantar una planta de refinación toma mucho tiempo por lo complejo de su diseño. En nuestras circunstancias, algunos de ellos proponen ganar tiempo usando los estudios de ingeniería que ya existen para plantas como La Cangrejera, en Veracruz, y adaptarlas para procesar el tipo de crudo que PEMEX puede aportar, lo que ahorraría tiempo e inversión y permitiría tenerla operando en este mismo sexenio.

En suma, el momento y circunstancia en que se tome la decisión sobre la o las refinerías, es un factor importante para su éxito. El despegue del nuevo gobierno es el tiempo perfecto para cerrar el ciclo neoliberal del petróleo e iniciar otro, uno que recupere el factor nacionalista.

El liderazgo político debe evaluar todas las posibilidades técnicamente viables, para ello debería convocar, a la brevedad, a todo el talento y experiencia disponibles, entre ese talento, el de los ingenieros que conocieron y vivieron el PEMEX exitoso. Se trata, de lanzarse a librar la nueva batalla por el petróleo, de un tema donde no es exagerado calificarlo de existencial y donde fallar no es opción para un nuevo régimen.